

- AÑO I -

- Núm. 12 -

PROTEO

REVISTA

SEMANTAL

Director: ANGEL FALCO — Jefe de redacción: MARTIN CIRES YRIGOYEN
Dibujante: JUAN HOHMANN

BUENOS AIRES, 28 DE OCTUBRE DE 1916

Domus orationes

Lo que es una catedral

Cuando estamos por perder una cosa, se nos hace más cara e importante para nuestra vida, así pasa hoy día con las catedrales de la vieja Europa. La destrucción sucesiva de las irremplazables iglesias de Lovaina, Ipres, Rheims y Soissons han despertado en todo corazón de artista, un inmenso amor hacia esos edificios sin par.

¡Quién las contempla ya jamás las olvidará! ¡Quién comprendió su poesía pudo ya jamás leer versos en otros libros! ¡Quién se dejó llevar por la pasión de la eterna belleza que inspiran, ya nunca pudo pensar en ellos, sin evocar a San Pedro, Westminster, Colonia, Chartres, Salisbury o Notre Dame de Paris!

¡Quién las vió con los ojos del espíritu, pudo en verdad exclamar: "El orden divino se ha establecido en mí y en mis asuntos, porque he comprendido al Cristo que mora en nosotros!"

Una catedral es un todo perfecto; cada una de sus partes se ajusta a una idea; sus más ínfimos detalles enseñan. Al comprenderla, tenemos ante nosotros una imagen viva de la estructura social, siempre que el hombre levantara su morada sobre la viva roca de los principios eternos.

En una época en que la casi totalidad de los hombres no podían leer ni escribir, fueron concebidos estos libros de piedra, en cuya arquitectura simbólica todos podían aprender. Cada catedral se esforzó en revelar permanentemente al pue-

blo, la evolución de las sociedades. El conjunto de las catedrales forman una enciclopedia viviente. La catedral de Rheims fué el testigo de la monarquía francesa. Es la historia de Francia en imágenes y estatuas. Allí el ciudadano podía ver la efigie de todos los que le habían gobernado, desde Clovis hasta Carlos X. La magnífica estructura le hablaba de la solidez de la institución monárquica. Cada vez que uno de los príncipes era ungido, el imponente interior se iluminaba como el templo de Salomón. El sol penetraba al recinto por los ventanales donde los más bellos colores armonizaban para atenuar la luz monocroma. Rheims era la primer casa de los monarcas; San Dionisio, la severa abadía, su última morada; la una significaba la aurora del poder real, la otra su ocaso. En Rheims se aprendía a desear la gloria; en San Dionisio, a ser humilde. Ni Grecia o Roma, idearon cosa más hermosa ni más filosófica, y eso que fueron, maestras de la vida social.

La vida de la princesa María, madre de Jesús, era el tema cien veces repetido de la Catedral de Chartres.

Era la devoción del Rosario hecha piedra. Todo en el santuario ese, señala el vivir, la piedad, la sonrisa divina de la ingenua María.

Avemaría, avemaría todo habla dulce y amable de la gloriosa doncella. ¡Qué lección para la raza, el misterioso nacer de Jesús! ¡Con qué seriedad debiera el hombre concebir a su hijo, rodeando de qué serenas caricias a la esposa, vehículo de la encarnación!

La catedral de Laon busca desarrollar en sus muros y ornamentos arquitectónicos, la suma teológica. Tal como la Edad Media concibió el mundo y sus relaciones, está allí hondamente expuesto.

¡Qué fascinante leer en estos monumentos lo que tan malamente a veces nos describen los libros!

Esta enseñanza visual era más profunda y universal que la nuestra. En ese entonces la ciencia conducía a Dios; hoy no solo aleja de él, sino que vuelve frívolos y vulgares a quienes la cultivan.

Nunca tuve la justa medida de la grandeza de Inglaterra, hasta que asistí a la ceremonia de acción de gracias, por la feliz llegada del Rey Jorge y su esposa del centro del Imperio.

Tuvo lugar en San Pablo, la catedral de Londres. Rodeaba la majestuosa iglesia, la multitud que cantaba "Dios salve al rey", y los soldados en sus trajes de parada. El sonido de un clarín anunció la llegada del rey-emperador. La vieja cruz de San Pablo y la moderna usada con motivo del entierro de Eduardo Séptimo, las de los dos arzobispos, precedían la larga procesión. Enseguida tomaron sus asientos, la comitiva real, el alcalde mayor y los jueces. Una vez sentados, el órgano entonó los acordes del himno nacional, que fué cantado por toda la asistencia. En ningún sitio, parecía tener el himno patrio, que es a la vez una bella oración, un significado más espléndido y conmovedor. Siguióle el "Te Deum" y luego el primado agradeció al Eterno por el regreso feliz de los Reyes, después de un viaje, no exento de peligros. Incluyó entre los colectas, una para todos los pueblos de la India, pidiéndole a Dios les condujera y bendijese. Avanzando hacia la nave, el arzobispo, en calidad de "portavoz de un pueblo leal", habló en ese tono elevado que todo sacerdote de verdad encuentra sin dificultad:

"... Siglos ha que el viejo mundo acostumbraba a ver lo que se designaba en Roma, con el nombre de *triunfo*. Era el momento en el cual el general victorioso, traía al corazón del Imperio, los jefes, a quienes había vencido. No tiene por fin, nuestro actual acto triunfal, la conquista de enemigos, sino de amigos y los ligamentos que nos unen a ellos, están tejidos de amor y lealtad. ¡Bueno es dar por ello, gracias al Señor!

En el cuadro feliz de esta bienvenida al hogar, hay una sombra y es el hogar desolado de una Princesa, cara a todos nuestros corazones..."

Así resonaron en este ámbito de grandeza, el himno recessional, un rayo de sol vino a herir el ventanal sur de la catedral. Las naves se iluminaron, difundiendo por el ábside y el espacio bajo la cúpula, rayos rosados y de tintes de záfiro.

Solo en un sitio parecido puede un pueblo tener conciencia de sí mismo.

En verdad dijo *Víctor Hugo* que la inteligencia humana, se condensaba en las grandes y anónimas masas de las catedrales medioevales.

Tan variante como la luz en su aspecto, la catedral no se parece nunca a sí misma. Cambia su aspecto con las horas del día, conservando siempre algo de digno, hermoso e inmortal que vanamente se buscaría en otra parte. Vedla, cuando las luces de la aurora la envuelven en sus suaves y frescos tintes: parece una novia escondida bajo el velo nupcial. Contempladla, al caer las sombras de la tarde, cuando se destaca firme sobre el azul del cielo. Seguid su silueta que sobrepasa a todos los edificios de la ciudad: cuán superior es, a todos ellos. Su vista acerca a Dios y con ello, a las cosas grandes y bellas. Poetiza la ciudad. ¡Qué hermosa es tal o cual callejuela porque se pispa en el fondo, un pilastre del templo, el extremo de una capilla o un portal recamado de estatuas.

¡Cómo incita a descansar tal prado en las afueras de la ciudad catedral, porque desde la hierba muelle se contemplan las torres de encaje del viejo Duomo. El patriotismo local se aumentaba cuando la ciudad que lo provocaba, era célebre por su augusta catedral. A la sombra de sus naves o a la luz gallarda de sus ventanas, cómo se fortificaba el intelecto, cómo se refinaba la sensibilidad, cómo se iluminaba la conciencia y todo ello reunido, hacía más imperativa la voluntad, más noble, la virilidad.

Esto constituía un factor en la estructura de un carácter. ¡Qué cosa tan anodina resulta el hombre moderno si le comparamos con los ciudadanos de las ciudades libres del Imperio Romano, con los participantes del atildado y espiritual Renacimiento. ¡Y qué decir del espíritu fraterno y abnegado de las corporaciones en las viejas ciudades obispales!

¡Cuán ricos los tesoros que poseemos debido a ellos! Eran notables estos hijos de la catedral. Toda una vida podía recrearse el artista y el erudito en la mística procesión de los hombres que idearon la iglesia matriz para dar un seguro amparo de luz y calor al espíritu inmortal de la ciudad.

Como un mensajero de la belleza y un representante de la eterna sabiduría, la sociedad necesita de los grandes edificios, cuyo más noble prototipo está en la catedral.

ALBERTO NIN FRIAS